

Impresiones de un viaje a China

por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS PINILLOS (*)

Por supuesto, quince días en China no me han convertido en un sinólogo. Si me he atrevido a recabar su atención para hablarles de este viaje, no es porque tenga una especial competencia en los problemas de China, sino porque el contraste entre lo vivo y lo pintado, entre lo que he visto allí y lo que nos han dicho aquí es tan notable que me ha parecido interesante compartir con ustedes mi sorpresa. Además de unos días en Hong-Kong, que es desde luego una historia aparte, he estado dos semanas en China —viajando por carretera, barco, avión y ferrocarril— y debo decir que lo que he tenido ocasión de ver en Pekín, Xian, Guilin, Lijian, Shanghai, Cantón y en algunas zonas rurales del interior, a lo que menos se parece es a la sombría versión de China que han estado difundiendo los medios de comunicación durante los últimos meses. Tengo para mí, que la sombra de los sucesos de Tianamen ha oscurecido la visión de todo lo demás. Quiero decirles, por último, antes de entrar en el relato, que el viaje lo he hecho con tres amigos muy «viajados», dos médicos y un gerente que han recorrido medio mundo y que no me dejarán mentir, en el sentido de que tampoco les casan las informaciones que les dieron los medios de comunicación con lo que han visto y palpado allí.

De todo esto, en fin, es de lo que pretendo hablarles por dos principales razones. De un lado, porque tengo la impresión que China ha despertado ya de su en-simismamiento milenario y va camino de convertirse en una inmensa superpo-

(*) Sesión del martes 31 de octubre de 1989.

tencia mundial a la que deberíamos prestar más atención. De otro, porque también quiero hacer notar —una vez más, desde luego— la ligereza con que los medios de comunicación, propios y extraños, han venido informando mayoritariamente, o más bien desinformando a la opinión pública sobre un asunto de tal volumen: François Revel tiene materia abundante para añadir a la nueva edición de su libro sobre «El conocimiento inútil».

LAS PRIMERAS SEÑALES

Ya en Madrid, cuando preparábamos el viaje, se nos había prevenido contra diversos riesgos que al parecer nos esperaban en China, donde las cosas «no estaban nada bien». Dos de los cuatro viajeros sostuvimos la tesis de que no sería para tanto, porque nunca llueve tan fuerte como parece desde detrás de la ventana, y finalmente arrancamos una mañana a fines de septiembre. Por el camino, cuando avistábamos ya la costa de China, uno de mis compañeros me pasa un largo artículo aparecido en *El País*, cuyo inquietante *leit motiv*, aparte de los consabidos tópicos sobre el ritmo frenético y el desafortunado espíritu comercial de la ciudad, era la desaparición de los viejos en Hong-Kong. Según el cronista, no había viejos en Hong-Kong, o al menos no se veían por ninguna parte. Si se preguntaba por ellos nadie sabía nada, nadie contestaba, todo eran evasivas. Evidentemente, el corresponsal daba a entender que algo siniestro estaba ocurriendo con los viejos en Hong-Kong. Una sospecha terrible se apoderó de mis setenta años. ¿Sería posible que la eutanasia estuviera funcionando ya en Hong-Kong?

Pronto me olvido del asunto. Aterrizamos en una pista metida en la bahía, que me recuerda la de Niza. En seguida hay que pasar el control de pasaportes, recoger las maletas y encontrar al guía. Por fin aparece una hongkonesita que se hace cargo de nosotros. Nos deja en el hotel, cerca de Park Lane, y por la tarde vamos de compras, como está mandado. Yo encuentro en seguida una cámara que lo hace todo y me dedico a sacar instantáneas de todo lo que me llama la atención. En efecto, se ven pocos ancianos decrepitos. Sólo puedo fotografiar un par de mendigos, viejísimos y en un estado lamentable, lo cual no contribuye precisamente a calmar mi inquietud. De nuevo pregunto, ¿será posible...? La respuesta me la encuentro al día siguiente, cerca del hotel. Con el cambio de hora me he despertado muy temprano. Salgo a pasear por unos jardines próximos. Están llenos de chinos que practican una extraña gimnasia inspirada en los movimientos de aquellos animales —tigres, leones, águilas— cuyas virtudes quieren asimilarse. Los gimnastas son de todas las edades, pero predominan los jubilados, muchos de ellos todavía con sus guerreras Mao. Allí, a dos pasos del hotel, hay viejos para dar y tomar, está la tercera edad en pleno, según me dice el portero del hotel y me confirma la guía. El misterio de los viejos se había desvelado, en parte. Allí estaban los viejos; pero allí estaba también el periódico donde se ponía en duda su existencia. ¿Iba a ser todo lo demás así?

LAS MIL CARAS DE CHINA

China siempre ha tenido fama de ser un país impenetrable; un pueblo alejado de Occidente no sólo por una geografía muy distante, sino también y quizá sobre todo por un idioma muy distinto: más que la Gran Muralla, lo que ha aislado a China del mundo occidental han sido los cuarenta y nueve mil caracteres de su lengua.

Como quiera que sea, esta dificultad de penetrar en el corazón de un país tan remoto e inabarcable como China, con diez millones de kilómetros cuadrados, mil cien millones de habitantes, medio centenar de etnias y nacionalidades diferentes y una cultura difícil de compaginar con la nuestra —luego volveremos sobre esto—, parece que debería dar pie a un pluralismo de experiencias, pero dentro de un mínimo respeto a la realidad. Si China es realmente como un calidoscopio humano gigantesco, los visitantes deberíamos encontrar cosas muy distintas que observar, unas buenas y quizá otras no tanto, en primer lugar porque las hay y también porque las sensibilidades varían y a cada uno le llaman la atención cosas distintas. En definitiva, parece que debería haber si no tantas Chinas como ojos que las miran y como situaciones que se viven, sí muchos aspectos que distinguir.

Pero no es esto lo que ha ocurrido. Desde los desgraciados sucesos de Tianamen, la diversidad informativa sobre China se ha movido dentro de un pluralismo más aparente que real, en el que no tenían cabida las observaciones positivas, los hechos disonantes con la condena política, más que moral, del gobierno o del régimen chino. El asunto me recuerda lo que decía Ford a los clientes a propósito del color de sus coches: pueden elegir cualquier color con tal de que sea negro. Aquí, lo mismo: pueden opinar lo que quieran con tal de que no sea a favor. No es un fenómeno nuevo, pero sí preocupante. Ante espectáculos como este, uno termina sospechando que las diferencias individuales de opinión se mueven en el marco de una tremenda simplificación colectiva, en el marco de una especie de teorías implícitas —estereotipos, prejuicios— sobre lo que es y deja de ser la realidad, que no sólo no han desaparecido con la televisión, con el avance de las comunicaciones y del turismo, sino que por el contrario parecen ir cobrando mayor vigencia a medida que prosperan estos medios. Y es que, como dijo una vez el célebre mago de Tenerife Juan de Valle Guerra, «mientras más avanza la cultura, más se penetra la ignorancia». Muy probablemente, el prejuicio cumple una función psicológica importante. Constantemente todos estamos haciendo juicios previos, previsiones que generalmente se confirman. Pero cuando a esas figuraciones les falta el contraste de la realidad, cuando se estrellan con un país hermético como China, entonces se convierten en estereotipos, en prejuicios que deforman irremisiblemente la realidad y de alguna manera la reemplazan. Sólo así puede medio entenderse que mil cien millones de chinos le parezcan a uno todos iguales. O al revés, que los chinos nos vean a todos los «narices largas» muy parecidos. De hecho, en la sala de espera del aeropuerto de Xian, una turista de Taiwan nos tomó por hermanos a mis tres ami-

gos y a mí, que nos parecemos tanto como un huevo a una castaña.

El tema es importante. Hace unos días, si me permiten recurrir al ejemplo personal, tuve la oportunidad de mantener una conversación radiofónica con Luis del Olmo a propósito de lo que yo creía haber visto por el país de los mandarines. Pero no había terminado de hablar, cuando sonó el teléfono de la emisora. Una señora amable, pero muy excitada, manifestaba su profunda sorpresa y, en el fondo, su reproche, porque lo que yo había contado de China no coincidía con lo que ella había visto con sus propios ojos un año antes. Señora, la respondí, justamente eso mismo es lo que me ocurre a mí con lo que cuenta usted y, lo que es más grave, con casi todo lo que he leído y he escuchado este verano sobre China, que no ha sido poco. Y eso es lo que me preocupa. No que cada uno de nosotros haya visto realmente cosas distintas. Eso sería lo lógico, en primer lugar porque haberlas las hay en cantidad y porque además, como ni los chinos ni nosotros somos iguales, cada cual tiende a fijarse en cosas diferentes. A los viajeros, ya se sabe, nos gusta convertir la anécdota en categoría, nos encanta generalizar nuestras observaciones, no sólo por razones de economía mental, que son importantes, sino porque así nuestras experiencias particulares cobran un alcance universal que, indirectamente, demuestran lo perspicaces que somos. Lo lógico, dada la inmensidad de China, es que hubiera una gran diversidad de opciones y no la óptica negativista con que los medios de comunicación parecen haber contemplado la realidad china, en ocasiones con flagrante desprecio de la evidencia, a partir de los lamentables sucesos de junio. Lo que me preocupa no es, por tanto, que usted y yo hayamos visto cosas distintas, sino que cada uno de nosotros generalice sus experiencias particulares, las viva con pretensión de universalidad; es decir, me preocupa que siendo China todo menos un país monolítico, los corresponsales, la prensa, los turistas coincidan en rechazar todo aquello que contradiga la verdad oficial, que no se ajuste al canon informativo que parece haberse impuesto, como el toque de queda, después de lo de Tianamen.

Lo que pasa es que ya no hay toque de queda en China, y no da la impresión de que la gente ande por la calle con la marca de la tragedia en el rostro. Esto sencillamente no parece cierto. Es verdad que para nosotros los occidentales —pero para todos, no sólo para mí, que al fin y al cabo soy un profesional de estas cosas—, los rostros de los orientales son muy difíciles de interpretar. Puede por tanto que la procesión vaya por dentro, y así es al parecer en un sector de la población urbana. Más de uno nos lo ha dicho en voz baja. Pero de los mil cien millones de chinos que hay, no parece que todos sigan traumatizados, si es que antes lo estuvieron, por los sucesos de la famosa plaza. Honestamente, eso no parece cierto, ni es razonable suponerlo.

Por lo pronto, Pekín es muy importante políticamente, pero lo que ocurre en esta ciudad, y menos aún lo que ocurre en un determinado sector de ella, no puede generalizarse sin más y proyectarse sobre otras ciudades de China, y no digamos sobre los campesinos o sobre las regiones más apartadas del país. Los ecos de Pekín llegan muy amortiguados a las ciudades de la costa, por ejemplo,

a Shanghai o a Cantón, que son ciudades de un talante mucho más cosmopolita y distendido que la capital. El tren de Pekín a Mongolia, en el que mi amigo y director Manuel Alvar pasó tantas peripecias y estuvo a punto de perder el contacto con su mujer, es un tren realísimo, forma parte de la China que puede verse y padecerse, pero no se parece nada al tren de Cantón a Hong Kong, con sus vagones climatizados, sus reservas y sus azafatas sirviendo té y vendiendo lo que pueden durante el viaje con toda normalidad. Sin duda, en Pekín hay muchas bicicletas —casi cuatro millones, se nos dijo— y algunas veces los ciclistas tratan de pasarse unos a otros y hasta se caen. Pero esto es la excepción. Los ciclistas de Pekín no van enloquecidos por las calles, como se nos ha dicho; por el contrario, si por algo llaman la atención los ciclistas de Pekín, aparte de por su número infinito, es por la marcha regular y pausada que llevan en los pasillos que tienen reservados, y que probablemente les impone el mismo hecho de tener que circular de cinco o seis en fondo. En otras ciudades, por ejemplo en Xian, hay más desorden, más toque de claxon para que se aparten a un lado los ciclistas que ocupan el centro de la calle, pero siempre dentro de una marcha pausada: por lo demás, la única posible en esas circunstancias. También se me había prevenido —ando delicado de los bronquios— contra la terrible contaminación de Pekín. De nuevo, el pasmo. En Pekín hay poca circulación de vehículos a motor, el cinturón industrial es débil y disperso, hay avenidas inmensas que dejan chiquitas a las del ensanche de Moscú, y lo que sí hay a veces es esa especie de «terral», de viento que trae el limo del Pei Ho, el famoso «loes», que naturalmente no tiene nada que ver con la contaminación urbana.

Los tres días que yo estuve en Pekín coincidieron con la fiesta nacional de China. El primer día, el 30 de septiembre, estuve con mis amigos en la Plaza de Tianamen. En los alrededores, guardando los puentes, había algunos centinelas, no muchos, claramente procedentes de otras regiones con mayor espíritu militar que Pekín. Para entrar en la plaza, exigían un ticket, que me imagino no se lo darían a todo el mundo. Dentro, estaba lleno de familias enteras, de gente venida de los pueblos, de matrimonios con niños, generalmente uno por pareja, de gente joven vestida a la europea, de jubilados con guerreras Mao, de gente manejando cometas con una habilidad increíble —pagados por el gobierno, según algunos para animar la fiesta— y de sucesivos grupos para ver el cadáver de Mao, que continúa expuesto y que la gente ve con respeto. Concretamente, de él hay un gran retrato en uno de los ángulos de la plaza, que los estudiantes respetaron durante la ocupación, a pesar del incidente del tintero. En honor a la verdad he de decir que la noche anterior habíamos estado paseando por las calles de Pekín y, en contra de lo previsible, las encontramos llenas de gentes, muy animadas y sin signos de tensión alguna; en general nos miraban con simpatía y risas; un grupo de jóvenes que hablaban algo de inglés nos abordaron, me quisieron comprar la cámara y a la postre me regalaron una mandarina, que estaba muy rica; en otro lugar, unos viejos me pidieron que les fotografiara, cosa que hice y que salió regular a pesar del flash, pues la iluminación de las calles no es buena en China. Al día siguiente, el primero de octubre, nos fuimos a la Gran Muralla, a unos

ochenta kilómetros al Noroeste de Pekín. Según una fotografía de un diario madrileño, donde aparece un centinela vigilando a dos turistas, la muralla estaba vacía. La realidad es que estaba intransitable, y no de turistas extranjeros, que los había, sino de turismo chino interior. Era como una romería, había un claro espíritu de fiesta que se veía y se oía por todas partes. Otra vez lo de Hong-Kong. La muralla vacía y vigilada en la fotografía del periódico. La muralla repleta de vida, ocupada por un enjambre de chinos ruidosos, en la realidad: fotos tengo, más y de mis amigos, que dan fé de lo que digo.

No, la realidad que vimos seguía sin parecerse a los relatos de los corresponsales. También se nos había hablado de temor. No sé. Desde luego, no a los guardias, que parecen tener tan poco espíritu militar como los propios ciudadanos de Pekín, que si pecan de algo es de indisciplinados. Nada parecido, en suma, al clima policiaco y de temor que claramente se respira en algunas dictaduras marxistas del Este de Europa. Tampoco he percibido esa enfermedad soviética que se llama espionitis, ni mucho menos ánimo de ocultación. Cerca de la plaza de Tianamen hay un pequeño destacamento de tropas. Al pasar por delante, les pedimos permiso para entrar en los servicios del cuartel y nos lo dieron. Uno puede fotografiar en las pistas de los aeropuertos e incluso desde el propio avión en pleno vuelo, lo que uno quiera, sin que nadie le llame la atención o le saque el rollo de la cámara.

En relación con este punto de la veracidad, me pareció observar algunas cosas interesantes. Recuerdo, por ejemplo, que la Televisión, que por cierto propina los chinos una dosis masiva de publicidad consumista, retransmitió en directo el discurso de Li Pen. Jian Zemin apenas le aplaudió, y cuando el primer ministro, siguiendo la costumbre china, pasó a brindar con su copa con los dignatarios principales, una mujer no respondió al gesto de Li Pen, y cuando éste se acercó a chocar su copa con la de ella le rechazó con un manotazo. El incidente salió por la televisión, y se repitió después en los telediarios. También en Pekín le pedí al guía ir a ver la Universidad y me habló con toda claridad. Podía ponerle a usted el pretexto, me dijo, de que estos días la Universidad está cerrada con motivo de las fiestas oficiales, cosa que por lo demás es rigurosamente cierta. Pero eso se podría arreglar, y después de una vacilación añadió, además no es sólo eso. Lo principal es que las heridas de junio aún no se han cerrado aquí, la vida universitaria en Pekín dista mucho todavía de haber recuperado la normalidad, yo mismo tengo un primo que resultó herido en una pierna en los sucesos, hay gente dolida, ha habido una represión posterior, y la visita de unos extranjeros con cámaras podría incitar a los estudiantes que andan por allí a intentar manifestarse ante ustedes y, a la postre, provocar conflictos desagradables. Es mejor que visite la Universidad en otras ciudades, donde el conflicto ha sido menor y la situación es menos tensa que aquí. Eso es lo que hice en Shanghai y en seguida les contaré lo que ocurrió.

No, no fue mala la impresión que sacamos de la capital y del estado de la ciudad. Pekín sigue siendo la capital de un régimen comunista que puede tomar decisiones muy drásticas y, desde luego, ser perro en Pekín no debió ser ningun-

na broma en la época de Mao. Pero la mayoría de las cosas que se nos habían dicho no las hemos visto o han resultado ser manifiestamente falsas. Por ejemplo, se ha dicho en los periódicos que los fuegos artificiales de Pekín fueron un fracaso de público. No es eso lo que vimos nosotros. La noche del primero de octubre los niños de Pekín no se acostaron a su hora. Estaban en la calle, con sus padres y sus abuelos viendo el magnífico espectáculo que iluminó la ciudad de parte a parte durante más de dos horas. Otra cosa que no coincide. Tampoco vimos tensión alguna en los miles de chinos que llenaban la ciudad prohibida. Se nos había hablado también de la suciedad de las ciudades chinas. No es ese el caso. La mayoría son, en gran parte, ciudades viejas, pero están bastante limpias; hay gente, probablemente muy mal pagada, que sin embargo barre constantemente las aceras y las calles, y recoge los pocos papeles que se ven por el suelo. Aún hay, eso sí, escupideras en algunos sitios y todavía se nota una cierta tendencia a escupir en la calle, cosa que por desgracia no es exclusiva de China.

Por fin, el último día de fiesta en Pekín anduvimos por los inmensos jardines del palacio de verano, abarrotados de familias, con muchos niños vestidos de militares, de gente joven, vestida a la europea —la influencia occidental de la televisión y la publicidad se nota—, ellos con mucho flequillo y melena a lo Michel Chang, y ellas vestidas con gracia; jóvenes en general con buen aire, que acompañaban a sus abuelos ese día. En fin, una estampa de familias en día de fiesta, que en manera alguna se corresponde con el ambiente hosco y hasta peligroso de que se nos había hablado. Otro tanto hay que decir de la miseria y de la suciedad. Sin duda la ha habido. Ahora, lo que hemos comprobado una y otra vez, en Pekín y en todos los sitios que hemos visitado, es que las tiendas chinas, que son infinitas, están repletas de género y, lo que es más importante, abarrotadas de público comprando. Los salarios, desde luego, son bajos; luego hay premios y otras cosas, pero casi todo el mundo trabaja y no se ve miseria. Pobreza aparente, en el campo, pero no se ve miseria, aunque existen bolsas de gente muy pobre. Hay mucha televisión, pocos cines y muchísimos chiringuitos y restaurantes chinos. Visitamos bastantes, más de una veintena, vimos muchos otros, y no podemos decir que les falte clientela china. Los mejores siempre estaban llenos. Las librerías, en cambio, no parecen muy abundantes ni muy bien surtidas, para nuestros *standards*, pero hay que contar, claro, con el handicap del idioma, del que por cierto me gustaría decir algo al final. Hay bastante libro inglés y americano, pero pocos periódicos. En general, las librerías están llenas de jóvenes, que se interesan por libros extranjeros y por el aprendizaje del inglés y de otros idiomas extranjeros. Ridículo, absolutamente ridículo lo que se nos había contado sobre la vida cotidiana en China.

Por lo demás, debo decir que esta misma impresión, corregida y aumentada, es la que hemos tenido en el resto de las ciudades y lugares que visitamos. Por supuesto, no soy tan ingenuo como para creer que un occidental pueda describir fácilmente las emociones que se oculten bajo los, para nosotros, «inexpresivos» rostros de los orientales; desde luego que no. Yo también, cómo no, puedo

proyectar sobre el pueblo chino figuraciones optimistas que en realidad le sean ajenas. Pero hasta donde yo puedo juzgar —y a mis tres compañeros de viaje, nada novatos en estas lides de recorrer el mundo, les ocurrió tres cuartos de lo mismo—, las cosas que se ven por las calles de China a todas horas resultan bastante difíciles de interpretar desde las claves de crispación y tensión que viene sosteniendo la prensa occidental de estos meses. Comprendo que esta cuestión de lo que es normal y no lo es en las calles de China resulte opinable; comprendo que mis impresiones, por muy convencido que esté de ellas, no tienen por qué ser más valiosas que las ajenas. Pero lo cierto es que, ni mis compañeros ni yo, en ningún momento hemos tenido la impresión de que hubiera caras crispadas y tensión en las calles de Pekín, y menos aún, si cabe, en otras ciudades. Ni comercios vacíos en Xian, ni miseria en las aldeas del Lijian, ni actitudes hoscas en Guilin, o en Cantón, ni en parte alguna de las que he visitado con bastante, yo diría que con bastante libertad real. Es más, se advierte a simple vista que hay una actividad notable en la construcción de edificios y fábricas. La inversión norteamericana en Hoteles de lujo es impresionante, y va aumentando a medida que el gobierno va abriendo al turismo nuevas zonas del país. No sólo es Pekín, ni mucho menos.

Por ejemplo, Xian es una ciudad históricamente sumamente distinta de Pekín, de Shanghai y de Canton, pero es tremendamente china, igual que lo es Yuannan, donde las mujeres llevan la voz cantante en las relaciones sexuales y ocupan una posición contraria a la tradicional en el resto del país. Por las riberas del Li, pueden verse pescadores y campesinos que parecen sacados de estampas de hace mil años. Por los campos de Güilin no es raro ver a parejas de campesinos tirando de unos arados rudimentarios, mientras a pocos kilómetros en el aeropuerto se posan reactores y helicópteros de fabricación china, los famosos *Yuans*. En este país, todavía más que en otros, se pueden ver cosas muy diferentes —unas mejores y otras no tanto— porque efectivamente las hay en cantidad. De ahí mi extrañeza al comprobar el tono inquietante y sombrío que ha prevalecido últimamente en las informaciones sobre China. Tengo la convicción de que el recuerdo de lo que sucedió en Tianamen está distorsionando la percepción de lo que pasa ahora en el país. Y ninguna de las dos cosas está bien. Ni lo de Tianamen, ni la distorsión sistemática de después. En China, como en todas partes, hay cosas buenas, malas y regulares: pero en los últimos meses las buenas se han excluído sistemáticamente. Y eso no es lo que se ha hecho con otras matanzas no menos horribles, como la de la Plaza de las tres Culturas en Méjico, y la de Caracas de hace unos meses. Un crimen no justifica otros, desde luego, pero la doble medida que se está empleando no es de recibo. Una cosa es que condenemos lo que ocurrió en Tianamen y otra muy distinta es que, precisamente por virtud de una condena moral, cerremos los ojos a la realidad y nos empeñemos en vestir de luto y crispación a unas gentes que, en su inmensa mayoría, dan la impresión de estar viviendo con bastante normalidad su vida cotidiana.

Claro que la Universidad está aún conmocionada, pero bastante menos en

Shanghai que en Pekín. Shanghai es una ciudad más abierta, más próxima a Occidente que Pekín... y también más contaminada. En Shanghai llamamos a la que llaman segunda Universidad de Medicina, diciendo que éramos unos profesores españoles que queríamos visitar la Universidad. No pusieron ninguna dificultad y nos dijeron que nos fuéramos a verles cuando quisiéramos. Tardamos una media hora en llegar y nos pasamos la mañana con ellos. Nos enseñaron lo bueno y lo malo, lo que funcionaba y lo que estaba precintado. Tomamos las fotografías que quisimos y hablamos con alguna gente. No había muchos estudiantes. Vimos una clase de anatomía, la sala de disección, algunos laboratorios con unos microscopios electrónicos modernísimos, con gente trabajando. La biblioteca era nueva, bien instalada, y aún con poca gente. Pregunté por la psicología y la psiquiatría. No la enseñaban, aunque algunos estudiantes de quinto curso hacían reuniones por su cuenta para informarse de lo que se enseñaba en Occidente. Hablamos de la juventud china, de los estudiantes de la revuelta, del ala del partido que les había utilizado de ariete y, por supuesto, de la revolución cultural, de la que tengo un impresionante testimonio referente a la psicología, que contaré si hay tiempo. Ni los ecos de la revuelta se han apagado todavía, ni el gran pulso político que se inició en Tiananmen ha terminado aún. Todo esto es verdad, pero también es cierto que la vida cotidiana sigue su marcha, como pasa siempre; también es verdad que esos dolorosos problemas no parecen estar en la calle, ni han afectado al proceso de modernización, que parece haberse centrado en cuatro o cinco sectores prioritarios: misiles y satélites, informática y computadores, investigación nuclear y reactores, televisión. Aparte de eso, lo que se nota en la ciudad es una gran actividad, mucho tráfico, un puerto muy activo y una febril construcción de grandes edificios, entre ellos hoteles de gran lujo de cadenas norteamericanas, que hay que imaginar que no invierten así como así. En las afueras de Shanghai visitamos una de las veintitantas comunas que hay en la región. Ya no se llaman comunas, se llaman pueblos o comarcas, han cambiado en algunas cosas —por ejemplo, las casas pueden comprarse— y la gente no parece pasar necesidad. Por cierto, que en uno de los talleres de la comuna estaban embalando camisas con la etiqueta de *Made in Japan*, que es algo que vende muy bien. De Shanghai nos fuimos a Guilín y luego a Cantón, que es una ciudad aún más occidentalista que Shanghai y de la que ya no voy a tener tiempo de hablar.

En conjunto, mi impresión es que China ha despertado de su ensimismamiento milenario y se está poniendo en marcha a pasos agigantados, tras el desastre de los diez fatales años de la Revolución Cultural. El aislamiento ha sido grande. Recuerdo que un policía le preguntaba a un amigo mío que llevaba un crucifijo de metal que había hecho sonar el *scanner*: ¿y ese quién es?, refiriéndose a Jesucristo. Una de las dificultades con que se tropieza, desde luego, es una cultura, llena de supersticiones y realizaciones simbólicas complicadas, y es también un lenguaje que no se presta al discurso cartesiano claro y distinto. Pero a pesar de ello, no podemos olvidarnos de que los chinos han logrado construir satélites y ponerlos en órbita, construir computadoras capaces de rea-

lizar mil millones de operaciones por segundo, han sido capaces de fabricar bombas atómicas, misiles para transportarlas y aviones y helicópteros propios. Las cifras de científicos chinos que están formándose dentro y fuera son muy de tener en cuenta y la marcha hacia la tecnología de masas —son los primeros productores mundiales de televisores— que están poniendo en marcha son impresionantes.

Hay otras muchas cosas de las que podríamos hablar. La juventud empieza a tomar un camino parecido al occidental; quieren lo mejor, sin sacrificio ni esfuerzo, y lo quieren ahora. Los franceses no saben muy bien que hacer con los estudiantes de Pekín que acogieron después de los sucesos. Bush, que fue embajador en China, ha destituido, creo, al director de la CIA por haberse dejado llevar de progresismos ilusorios en sus informes. Japón tampoco ha roto con China y yo recuerdo de mis años de Londres, que a principio de los cincuenta Nan Green, secretaria del PCI, frecuentaba ya Pekín con una asiduidad que ahora comprendo mejor que entonces.

En suma, no se nos ha informado bien. Las cosas no han adelantado mucho con el desarrollo de los medios de comunicación. Más bien parecen ir empeorando. Ortega estaba en lo cierto, sí, al señalar que no hay realidad, desde luego, sin punto de vista: la realidad siempre se percibe o se piensa desde alguna parte o desde algún tiempo determinado. Sólo que el punto de vista con el que componemos esa realidad es mucho menos nuestro, mucho menos personal de lo que creyó el Ortega de antes de la guerra: no tanto el de *El hombre y la gente*. Por extraño que resulte, la gente no ve tanto lo que tiene delante, como lo que dicen que tiene que ver, lo que cree que es preciso ver para estar *à la page*, a la última, integrado en el mundo. Si cada uno se atuviera al pie de la letra a su punto de vista, la comunicación sería imposible: habría un caos de diferencias inconmensurables. En el fondo, la comunicación exige tomar como propio un punto de vista mostrenco, el del heideggeriano «man». De ahí que por más evidente que sean algunas cosas, si van contra corriente, si no coinciden con las creencias vigentes, en principio se rechazan. La mente humana es totalizadora por naturaleza, necesita saber a qué atenerse acerca de las cosas y cuando las desconoce imagina explicaciones, fantasea, inventa. Lo malo es que a menudo el vacío de la ignorancia lo rellena con esas simplificaciones compartidas que son los estereotipos y los prejuicios, las teorías implícitas, con esas etiquetas que substituyen a las cosas, con esos clisés, ideas hechas, tópicos que todo el mundo repite sin tomarse la molestia de cuestionarlos. Ya lo advirtió el viejo Fontenelle: lo peor no es lo que se ignora, es lo que se cree saber.

Como les decía al principio, y termino ya, con el *affaire* de China Jean-François Revel podrá engrosar la nueva edición de su tremendo libro sobre *El conocimiento inútil*. Frauchiger, Lafontaine, Lagadeck, Schawinski y Schürmann han ido todavía más lejos y se han preguntado si lo que se llama comunicación no es pérdida de cultura: *Kommunikation = Kulturverlust?* Mi experiencia china no ha sido, en este aspecto, muy positiva, que digamos, pero me ha permitido, creo yo, comprobar una vez más la desinformación y, sobre todo, descubrir una

China que va a pesar de un modo específico en el futuro del mundo.

En definitiva, cuando se pretende juzgar a los chinos con nuestros esquemas occidentales, uno se equivoca. Probablemente, el volumen de su población no le va a permitir a China asumir la civilización occidental tal cual: no olvidemos que un huevo por semana para la dieta de los chinos son cerca de cinco mil millones de huevos al mes y unos sesenta mil millones por año. No olvidemos que la mecanización del campo produciría en China unas ciudades monstruosas e inviables. No olvidemos que los millones de bicicletas de Pekín convertidas en motos y coches, acabarían con todo. Aquí es seguro que el principio hegeliano de la transformación de la cantidad en calidad tendría que notarse. Quizá tratando de entender a China podamos aprender también algo acerca de nosotros. Muchas gracias.

